

Didáctica

El valor de las Humanidades en la formación¹

The Meaning of Humanities in Education

Adela Cortina Orts

Resumen

La autora parte de la alusión a la originaria unidad de los saberes y a su traspaso en el concepto clásico de *Humanitas* y sus versiones modernas. Seguidamente toma en consideración el debate generado por la conferencia de Charles Percy Snow en torno a las dos culturas –la científica y la intelectual– así como su secuela en la obra de Jerome Kagan sobre las tres culturas –ciencias naturales, ciencias sociales y Humanidades– para mostrar la problemática que ponen de relieve y el modo en que contribuyen a sentar las bases de un modelo educativo tecno-científico. En la última sección del texto expone su crítica a dicho modelo, tanto desde el punto de vista de sus presupuestos teóricos como desde la perspectiva de sus corolarios prácticos y en el plano del desarrollo humano.

Abstract

The author starts from the allusion to the original unity of disciplines and its projection in the classic notion of *Humanitas* and its modern versions. She then considers the debate generated by Charles Percy Snow's talk about the two cultures – the scientific and the intellectual – as well as its sequel in the work of Jerome Kagan on the three cultures – natural sciences, social sciences and humanities – to show, thereby, the problems they emphasize and the way in which they contribute to establish a techno-scientific educative model. In the last section of the paper she outlines her critique to this model from the point of view of its theoretical assumptions, as well as from the perspective of its practical corollaries and in the sphere of human development.

Palabras clave: *Humanitas*, cultura, Humanidades, desarrollo humano, educación.

Key words: *Humanitas*, Culture, Humanities, Human Development, Education.

¹ Ponencia presentada en el II Congreso Internacional sobre Innovación Educativa en Filosofía, celebrado del 19 al 21 de octubre de 2016 en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universitat de València. El texto encabezará un volumen colectivo que aparecerá en el segundo semestre de 2017, publicado por la editorial Comares.

1. En el comienzo fue la filosofía: la unidad del saber pensar, saber obrar, saber hacer

El comienzo del saber occidental fue la filosofía, la aspiración racional a descubrir los secretos del cosmos y de los seres humanos, movida por esa curiosidad ante lo desconocido que nunca deberíamos perder. Los primeros filósofos, los presocráticos, se preguntaron por la constitución de la *physis*, y de ahí el nombre de «fisiólogos» que les adjudicó Aristóteles; los pitagóricos leyeron la realidad en lenguaje matemático; Platón admiró la geometría; Aristóteles fue en muy buena parte un biólogo; Descartes intentó dar una base filosófica a la física de Galileo; Kant, a la de Newton; Adam Smith, profesor de filosofía moral, escribió su *Teoría de los Sentimientos morales* antes que *La riqueza de las naciones*; Marx se ocupó de la infraestructura económica, y así podríamos llegar a nuestros días mostrando hasta qué punto la razón humana se expresa a través de distintas formas de saber, pero es en el fondo la misma. Justamente, las épocas estelares de la Filosofía son aquellas en que ha trabajado codo a codo con aquellos saberes que se fueron segregando con el tiempo como «ciencias» naturales y sociales y como técnicas. De ahí que carezca de sentido la afirmación de algunos científicos en nuestros días de que por fin ciencias y Humanidades van a trabajar conjuntamente. Ha sido así desde los orígenes.

Fue Aristóteles quien mostró con claridad que es el *logos*, la razón, el que busca la verdad científica de la física, las matemáticas o la teología, pero también el que busca la verdad práctica, aquella que no se limita a escudriñar los secretos del universo, sino que orienta la acción en el mundo moral, el técnico y el político. El mundo moral es el de la búsqueda de la felicidad, a la que todos los seres humanos tienden, y requiere para tener éxito el ejercicio de la virtud de la prudencia para dilucidar en cada caso qué es lo que conviene, cuál es el término medio en el que consiste la virtud. El mundo político es el de la comunidad en que los ciudadanos, precisamente por estar dotados de razón, pueden deliberar conjuntamente sobre lo justo y sobre lo injusto, sobre lo bueno y lo conveniente (Aristóteles, 1970 b, I, 2). El mundo técnico es el del saber hacer, el que se propone racionalmente obtener productos útiles o artísticos, tiene por meta la utilidad y la belleza. Para llevar a cabo su tarea precisa también el desarrollo de una virtud, la *tekne*, en la que debe ejercitarse quien desee obtener buenos productos (Aristóteles, 1970 a, VI).

La razón está presente, pues, en el saber obrar y en el hacer, pero también es necesaria la experiencia, acumulada día tras día, y el entrenamiento indispensable para alcanzar las metas, sin el que el éxito es imposible. Y es razonable buscar los bienes de la técnica en el marco de la felicidad individual y en el de la justicia política.

El desarrollo de las cualidades por las que son posibles el buen saber, el buen obrar y el buen hacer compondría lo que más tarde se llamaría *humanitas*. El término *humanitas* es probablemente un invento verbal de Cicerón, y significaría primero aproximadamente lo que en el siglo XIX se decía con «civilización» y «cultura»: un cierto sistema de comportamientos humanos que se consideraban ejemplares y a los que los hombres grecolatinos de la época helenística creían «por fin» haber llegado (Ortega, 1961, 1). En un sentido similar se pronuncia Charles Percy Snow en 1959 en su célebre conferencia sobre «Las dos culturas y la revolución científica». Snow en su conferencia entendía el término ‘cultura’ en dos sentidos, y con el primero de ellos se refería al desarrollo intelectual, al cultivo del entendimiento, al sentido en que Coleridge hablaba de *cultivation* o de «armonioso desarrollo de aquellas cualidades humanas y facultades que caracterizan a nuestra humanidad» (Snow, 1977, 74). Incluye entre sus cualidades tanto las que se desarrollan en el estudio científico como las que desarrollan aquellos a los que suele llamarse «intelectuales».

Sin embargo, con el tiempo se quiebra esta unidad del saber, se produce una fragmentación de la racionalidad científica, práctica y técnica, se generan distintas subculturas. Alcanzar la humanidad en plenitud exigiría cultivar estas cualidades, pero lamentablemente cada una de las subculturas dejaría languidecer una parte de ellas.

En ello tuvo buena parte de responsabilidad la deriva seguida por el proceso de modernización occidental, que supuso el triunfo de la racionalidad científico-técnica y el retroceso de la racionalidad práctica, tanto en la ética como en la política.

2. La jeraquización entra en las culturas

En efecto, en el año 1959 Charles Percy Snow, físico y novelista británico, pronuncia su célebre conferencia sobre «Las dos culturas y la revolución científica», que produjo un gran revuelo. En su conferencia, Snow entendía el término ‘cultura’ en dos sentidos. El primero de ellos ya lo hemos aclarado, mientras que en una segunda acepción, que es la que interesará a Snow en mayor medida, el vocablo ‘cultura’ se refiere a «todo grupo de seres humanos que vive en un

mismo ambiente, y está vinculado por hábitos comunes, supuestos comunes y común manera de vivir» (Snow, 1977, 75). Desde esta perspectiva, en el mundo del saber topamos con dos grupos culturales, los intelectuales y los científicos, que al parecer desarrollan formas de vida diferentes.

A juicio de Snow, tres problemas se plantearán en la convivencia de estos dos grupos: (1) Los intelectuales tratan de monopolizar toda la cultura y la identifican con la cultura tradicional, que es la suya. (2) Por otra parte, y ésta es la crítica más dura que Snow lanza a los intelectuales, son *luditas* por antonomasia o, lo que es idéntico, irresponsables. Por eso no han entendido la revolución industrial ni la han aceptado, cuando es, a su juicio, la única esperanza de mejora que existe para los pobres. Mientras los científicos trabajan con optimismo por un futuro mejor, porque les preocupa el bien de los hombres, los intelectuales se envuelven en la capa de su pesimismo y demonizan esa revolución que es la que en realidad puede mejorar la situación de los menos aventajados. (3) Por último, entre las dos culturas existe una gran incomunicación. Es de primera necesidad que las dos culturas entren en diálogo, y la educación es, obviamente, un buen medio para lograrlo.

La conferencia de Snow provocó toda suerte de críticas y también de adhesiones, y el autor se sintió invitado a retomar el tema cuatro años más tarde en «La dos culturas: un segundo enfoque». Pero también dio lugar a que cincuenta años más tarde Jerome Kagan, psicólogo del desarrollo y emérito en Harvard, publicara su libro *The Three Cultures: Natural Sciences, Social Sciences and the Humanities in the 21st. Century*. Un libro en cuya portada consta expresamente «Revisiting C. P. Snow», porque el autor quiere tomar el pulso al tema medio siglo después de la controvertida conferencia de Snow, y, curiosamente, se refiere a un declive de las Humanidades. Es decir, introduce una jerarquía entre las culturas, en virtud de la cual considera que las ciencias naturales están situadas en el pódium del aprecio social, las sociales se encuentran en segundo lugar, y las Humanidades son las que gozan de más baja valoración social.

A esta conclusión llega Kagan después de establecer una comparación entre los tres tipos de saber, atendiendo a nueve parámetros, de los que destacaré los más relevantes.

En principio, las ciencias naturales pretenden describir hechos y explicar los fenómenos naturales por causas en la medida de lo posible, lo cual abre la posibilidad de predecir fenómenos futuros y de aplicar estos conocimientos a la mejora de la naturaleza y de

las sociedades. Estas ciencias recurren a un método razonablemente controlable, que es el método experimental de comprobación de los hechos, lo cual permite alcanzar la verdad, entendida como verificación o como falsación. Por otra parte, estas ciencias expresan sus resultados mediante un vocabulario que refiere a entidades materiales, de modo que el lenguaje que utilizan es en gran medida unívoco.

Las Humanidades, por su parte, cuentan con hechos, pero no se limitan a ellos, porque su especificidad no consiste en describir y explicar, sino en tratar de *comprender el sentido* de los acontecimientos humanos, en tratar de desentrañar cuál es la *intención* del actuar humano, personal y colectivo, por qué las personas y las sociedades tomamos unas opciones u otras, y, en el caso de la ética, por qué deberíamos actuar siguiendo determinadas normas y determinados valores, y no otros, cuál es el fundamento del deber. Qué duda cabe de que el *sentido* y la *intención* son particularmente huidizos, y el mundo de la *fundamentación* extremadamente intrincado.

El *método* de las Humanidades sería entonces el del diálogo con los sujetos humanos y con los textos, que requieren una gran dosis de hermenéutica, de interpretación de los textos y de las conductas. Ciertamente, no es un método que permita garantizar predicciones para el futuro, y además el lenguaje en el que se presentan las conclusiones a que llega el humanista requiere una gran dosis de interpretación, de donde se sigue que es difícil establecer inferencias claras.

Como se echa de ver, resulta complicado adentrarse en el mundo misterioso del acontecer humano y de la fundamentación moral, pero además para hacerlo el investigador no puede desprenderse de sus propias valoraciones, sino todo lo contrario. Justamente, la necesidad de conocer las propias valoraciones para poder comprender a otros es lo que lleva a Gadamer a afirmar que la hermenéutica es filosofía práctica (Gadamer, 1981).

Sin embargo, estas esquematizaciones de las distintas formas de saber son más bien simplificaciones, porque también en el mundo de las «ciencias duras» las dificultades de investigación son grandes y los resultados, sumamente interpretables.

Con todo, Kagan considera que las dificultades mencionadas explican en parte el declive de las Humanidades, y añade cuatro razones más (Kagan, 2009, 226-228).

A su juicio, los puestos en Humanidades son ocupados por mujeres y minorías y esto es un síntoma de que son saberes de «segunda». Una afirmación más que discutible, de la que discrepo radicalmente. Y,

por si faltara poco, que cada vez se ve más refutada con la entrada de mujeres y minorías en todas las ramas del saber, por fortuna. Medicina, arquitectura, ingenierías cuentan cada vez más con mujeres y miembros de minorías y con excelentes resultados, como no podía ser menos.

Pero también considera nuestro autor que los humanistas han perdido su sentido de la profesionalidad cuando los postmodernos argumentan que cualquier persona puede filosofar, escribir una novela, una historia, una biografía, hacer aguda crítica filológica o interpretar acontecimientos históricos sin necesidad de haber adquirido conocimientos específicos de las Humanidades.

¿Es que los saberes que componen las Humanidades no cuentan con métodos específicos; con términos y conceptos peculiares que es preciso conocer para manejarse en ellos, componiendo un vocabulario propio que conviene enriquecer, pero al que no se puede renunciar; con tradiciones que ayudan a resolver mejor los problemas actuales; con un modo propio de comprobar la verdad, la adecuación o la validez de las propuestas?

3. ¿Qué son las Humanidades?

A pesar de que el término *humanitas*, como hemos comentado, parece ser un invento verbal de Cicerón y se refería con él a un cierto sistema de comportamientos humanos que se consideraban ejemplares y a los que los hombres grecolatinos de la época helenística creían «por fin» haber llegado, en la Edad Media el sustantivo singular *humanitas* se convierte en el plural «Humanidades», y se refiere a un conjunto de conocimientos y enseñanzas, cuyo tema en aquel tiempo eran las obras poéticas, retóricas, históricas, jurídicas y didácticas que griegos y romanos habían tenido a bien engendrar (Ortega, 2009).

En las Humanidades –dirá Ortega– la vida humana no se presentaba directamente, sino indirectamente. «La vida transparecía sólo oblicuamente, porque la atención iba dirigida sobre todo a las palabras»; hasta el punto de que en el siglo XV el humanismo se convierte en la dictadura de la gramática, en el saber decir y saber escribir.

Dando un paso más, en el Renacimiento los humanistas son los profesores de lenguas clásicas, porque son éstas las que permiten ir directamente a los autores grecolatinos, relegando el mundo medieval. El nuevo modelo de formación recibe el nombre de *studia humanitatis* o *studia humaniora*, compuestos por la gramática, la retórica, la historia, los estudios literarios, la filosofía moral y muy especialmente las lenguas clásicas.

En el elenco de humanistas ejemplares suele citarse a Erasmo de Rotterdam, pero no puedo dejar de mencionar al que ha sido el más célebre alumno de la Universidad de Valencia, Juan Luis Vives, humanista de pura cepa, y no sólo por su conocimiento del mundo clásico, sino sobre todo porque escribió el primer trabajo sobre la pobreza que ha visto la luz, el *De subventione pauperum* de 1526, en el que aclara que el problema de la pobreza no se resuelve sólo con la limosna individual, sino sobre todo convirtiendo la asistencia social en una cuestión municipal e institucional. Como se echa de ver, se va abriendo tímidamente el camino a lo que más tarde será el Estado del bienestar. Las Humanidades abren caminos desde el comienzo para mejorar la vida de los menos aventajados y para crear sociedades justas, transfiriendo a la realidad social sus conocimientos.

Y regresando al hilo conductor de Ortega y Gasset, estos saberes específicos de lo humano con el tiempo recibieron el nombre de *moral sciences* o bien *morals*, en el mundo anglosajón; *ciencias morales y políticas*, en el mundo francés y en el hispano; *Geisteswissenschaften* frente a las *Naturwissenschaften*, en el mundo germano. Ortega, por su parte, propone denominar «Humanidades» a estos saberes que se ocupan de hechos exclusivamente humanos y que, según él, proporcionan un conocimiento *estricto*, aunque no exacto; trabajan con hechos, pero no se limitan a ellos, sino que tratan de articularlos desde el *sentido*, que es la *materia inteligible* en el mundo humano.

Ciertamente, quienes financian proyectos de investigación con recursos públicos o privados no parecen muy interesados en las Humanidades, ni tampoco quienes diseñan los *curricula* de la enseñanza no universitaria, cuyos autores parecen empeñados en reducir las Humanidades a un mínimo inadmisibles. Lo cual obliga a una constante defensa de las Humanidades a quienes creemos, con razones más que fundadas, que esa reducción carece de sentido, porque en el fondo se reduce al último motivo que Kagan ofrece como si fuera intrascendente: que los resultados de la investigación en Humanidades contribuyen poco al progreso de la economía nacional, que en una «economía basada en el conocimiento» apenas ayudan al crecimiento del PIB, que no resultan rentables en términos monetarios y, por lo tanto, tienen escasa incidencia en el desarrollo humano.

Estas afirmaciones son, sin embargo, rotundamente falsas. En primer lugar, incluso en sus términos económicos. Pero, en segundo lugar y más importante, si entendemos el término «desarrollo humano» en el sentido en que viene comprendiéndose desde hace un par de décadas, como el empoderamiento de las capacidades de los miem-

bros de una sociedad para que puedan llevar adelante los planes de vida que tengan razones para valorar. En este sentido, los países mejor situados en los índices de desarrollo humano son los que cultivan las Humanidades con mayor esmero, porque, en trabajo conjunto con las tecnociencias, capacitan a sus miembros para llevar adelante una vida digna. De estos dos puntos nos ocupamos a continuación.

4. *Innovar en Humanidades*

Cualquier proyecto de mejora en una sociedad propone potenciar la «I+D+i», es decir, la investigación, el desarrollo y la innovación. Según la Estrategia Europa 2020, esta última es indispensable para lograr «un crecimiento inteligente, sostenible, inclusivo». La innovación es una síntesis de invención y mercado. Si inventar es generar una nueva idea, la innovación consiste en plasmar esa idea en productos o procedimientos que permiten introducirla en el mercado con éxito, es decir, permiten venderla. Se utiliza esa expresión tan hermosa, «ponerla en valor», que a fin de cuentas significa hacerla lo suficientemente atractiva como para que alguien la compre. Y, si es posible, plasmarla en un soporte informático.

Hoy en día hay una importante innovación en Humanidades, se transfiere conocimiento humanístico al tejido socioeconómico para hacerlo competitivo. Esta transferencia se produce en el campo de la cultura (productos cinematográficos, discográficos, audiovisuales, editoriales), en el de los museos, fundaciones, centros responsables de educación o medios de comunicación, en el ámbito de la arqueología, en relación con empresas de la construcción y la rehabilitación del patrimonio, que necesitan expertos en arte y paisaje, en el mundo del turismo, fundamental para el PIB de nuestro país, o en el de los sistemas de medición en educación. Nuestra propia Fundación ÉTNOR («para la ética de los negocios y las organizaciones»), que tiene su doble sede en Castellón y en Valencia, ha sido reconocida por la CRUE como un ejemplo de Innovación Universitaria de Humanidades.

Las Humanidades son, pues, también productivas en el sentido habitual del término, como saberes que contribuyen directamente al aumento del PIB; una contribución que crecerá día a día.

Con todo, no es ésta su principal aportación al progreso en *humanitas*, sino la que vienen desempeñando desde sus orígenes en el campo de la formación. Para mostrarlo brevemente recurriremos a la ayuda de Immanuel Kant.

5. Formar en humanidad

En sus tratados de *Pedagogía* afirmaba Kant que «la persona lo es por la educación, es lo que la educación le hace ser». Y aseguraba que hay dos problemas especialmente difíciles para la humanidad: el problema del gobierno de las sociedades y el de la educación. El segundo, según él, todavía es más complejo que el primero (aunque si hubiera vivido la actual situación española, tal vez el problema de la formación del gobierno le hubiera parecido más complicado que el de la educación), porque es necesario aclarar si vamos a educar para el momento presente o para un futuro mejor; un futuro que es preciso anticipar creativamente. Su apuesta, como buen filósofo y pedagogo, fue la apuesta por educar para un mundo mejor. Y este mundo sería el de una sociedad cosmopolita, en la que ningún ser humano se sentiría excluido. Esa sería la sociedad capaz de garantizar la paz entre las personas y los pueblos. Podríamos decir que éste sería el ideal de humanidad del siglo XXI (Kant, 1983).

Pero para emprender ese camino y recorrerlo con bien es necesario educar en las distintas formas de saber y, muy especialmente, en ese tipo de conocimientos que ha recibido y recibe el hermoso nombre de «Humanidades». Filosofía, Historia, Literatura, Filologías, Comunicación, Arte nos pertrechan de capacidades para encaminar las ciencias y las tecnologías hacia esa sociedad cosmopolita, porque hacen posibles actuaciones como las que quisiera recoger brevemente.

- 1) Conocer reflexivamente la historia para poder encontrar el propio lugar en el mundo, la propia identidad. La historia de cada país, la de cada entorno, pero también la historia del género humano, que es ya sin duda intercultural.
- 2) Detectar en esa historia qué tendencias queremos cultivar, porque son más humanizadoras que otras, desde los valores morales que preferimos, desde las normas y principios éticos por los que debemos y queremos optar. Una fundamentación de la ética se hace aquí imprescindible.
- 3) Despertar el espíritu crítico, arrumbar fundamentalismos y dogmatismos optando por el uso público de la razón propio de las sociedades abiertas; por el intercambio de argumentos en el que consiste la deliberación.
- 4) Ayudar a forjar la propia conciencia, en diálogo con otros, pero sabiendo que al fin es preciso asumir las propias decisiones y hacerse responsable de ellas.

- 5) Orientar las investigaciones científicas y las aplicaciones técnicas desde dos principios clave en la ética de la ciencia y de la técnica: no dañar a los seres humanos ni a la naturaleza, sí beneficiarles y sí empoderar a las personas para que puedan llevar adelante los planes de vida que tengan razones para valorar.
- 6) Ayudar a formar profesionales que no se conforman con ser meros técnicos que aplican sus conocimientos a cualesquiera fines sino que son conscientes de las metas de su profesión.
- 7) Descubrir la unidad del saber, la que articula las distintas actividades humanas –política, profesional, educativa, universitaria– desde la ética que les es propia.
- 8) Propiciar el cultivo de la humanidad, del que hablaba Herder, la formación y no la mera instrucción, desarrollando la capacidad del juicio y del buen gusto, que abre la base de la comunicabilidad universal.
- 9) Fomentar la imaginación creadora que nos permite trasladarnos a mundos nunca vistos y potenciar el sentimiento de simpatía por el que nos ponemos en el lugar de cualquier otro.
- 10) Superar la trampa del individualismo, que es falso, y propiciar el reconocimiento recíproco de los seres humanos como personas, haciendo patente que somos en relación.
- 11) Y, por último, sentar las bases de democracias auténticas, desde una ciudadanía madura, a la vez local y cosmopolita.

De todo ello podemos inferir que carece de sentido afirmar que es escasa la incidencia de las Humanidades en el PIB de un país, que su contribución a la economía nacional es mínima. Es en esta articulación de las innovaciones en ciencias, técnicas y humanidades en la que nos jugamos el futuro del bien humano.

Y todo ello, ¿desde dónde?, ¿cuál es el motor que pondría en marcha todo este edificio? Intentaré responder recurriendo a un relato de Habermas en su libro *Perfiles filosófico-políticos*.

«Poco antes de su octogésimo cumpleaños», cuenta Habermas, «preparando una entrevista con este motivo, Marcuse y yo mantuvimos un largo diálogo sobre cómo podíamos y debíamos explicar la base normativa de la teoría crítica».

No era fácil encontrar la respuesta. El profeta de Israel exigía justicia para el huérfano y para la viuda en el nombre de Yahvé, pero ¿qué mueve a un hombre en un mundo plural a buscar una base normativa para criticar las injusticias? La respuesta –continúa

Habermas– la dio el propio Marcuse dos años más tarde cuando, ya en un hospital de Fráncfort, se anunciaba el principio del fin. «¿Ves?», le dijo, «Ahora sé en qué se fundan nuestros juicios valorativos más elementales: en la compasión, en nuestro sentimiento por el dolor de los otros».

Formar en la compasión, en la capacidad de ser con otros y de comprometerse con ellos es, a mi juicio, la clave irrenunciable de la formación humanista que debe ofrecerse en el siglo XXI.

Bibliografía

- APEL, K.O.: *La transformación de la filosofía*. Taurus, Madrid, 1985.
- APEL, K.O.: *Die Erklären-Verstehen-Kontroverse in transzendental-pragmatischer Sicht*. Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1979.
- ARISTÓTELES: *Ética a Nicómaco*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970 a.
- ARISTÓTELES: *Política*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970 b.
- BOD, R.: *A New History of Humanities. The Search for Principles and Patterns from Antiquity to the Present*. Oxford University Press, Oxford, 2015.
- CODINA, M.^a J.: *Educación en virtudes cordiales*. Octaedro, Barcelona, 2015.
- CONILL, J.: *Horizontes de economía ética*. Tecnos, Madrid, 2004.
- CONILL, J.: *Ética hermenéutica*. Tecnos, Madrid, 2006.
- CORTINA, A.: *Crítica y utopía. La Escuela de Frankfurt*. Cincel, Madrid, 1985.
- CORTINA, A.: *Ética de la razón cordial*. Nobel, Oviedo, 2007.
- CORTINA, A.: *Neuroética y Neuropolítica*. Tecnos, Madrid, 2011.
- CORTINA, A.: *¿Para qué sirve realmente la ética?* Paidós, Barcelona, 2013.
- CORTINA, A. / GARCÍA-MARZÁ, D. (eds.): *Razón pública y éticas aplicadas*. Tecnos, Madrid, 2003.
- GADAMER, H.-G.: *Verdad y método*. Sígueme, Salamanca, 1977.
- GADAMER, H.-G.: *La razón en la época de la ciencia*. Alfa, Barcelona, 1981.
- GARCÍA-MARZÁ, D.: *Ética de la justicia*. Tecnos, Madrid, 1992.
- GARCÍA-MARZÁ, D.: *Ética empresarial: del diálogo a la confianza*. Trotta, Madrid, 2004.
- HABERMAS, J.: *Perfiles filosófico-políticos*. Taurus, Madrid, 1975.
- HABERMAS, J.: «Conocimiento e interés», en *Ciencia y técnica como ideología*. Tecnos, Madrid, 1984, pp. 159-181.

- KANT, I.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Espasa-Calpe, Madrid, 1946.
- KANT, I.: *Pedagogía*. Akal, Madrid, 1983.
- KAGAN, J.: *The Three Cultures: Natural Sciences, Social Sciences and the Humanities in the 21st. Century*. Cambridge University Press, Cambridge, 2009.
- LOZANO, J.F.: *Códigos éticos para el mundo empresarial*. Trotta, Madrid, 2004.
- LOZANO, J.F.: *¿Qué es la ética de la empresa?* Proteus, Barcelona, 2011.
- MARTÍNEZ, E.: *Ética profesional de los profesores*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2010.
- NUSSBAUM, M.: *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz, Buenos Aires, 2010.
- ORDINE, N.: *La utilidad de lo inútil*. Acantilado, Barcelona, 2013.
- ORTEGA Y GASSET, J.: «Prospecto del Instituto de Humanidades», en *Obras Completas*, vol. 7. Revista de Occidente, Madrid, 1961, pp. 11-24.
- ORTEGA Y GASSET, J.: «Boletín número 1 del Instituto de Humanidades», en *Obras Completas*, vol. 9. Taurus, Madrid, 2009, pp. 1177-1181.
- ORTEGA Y GASSET, J.: *Meditación de la técnica*, en *Obras Completas*, vol. 5. Taurus, Madrid, 2006, pp. 551-605.
- SNOW, Ch. P.: «La Conferencia Rede, 1959», en *Las dos culturas y un segundo enfoque. Versión ampliada de «Las dos culturas y la revolución científica»*. Alianza, Madrid, 1977, pp. 9-61.
- SNOW, Ch. P.: «Las dos culturas: un segundo enfoque», en *Las dos culturas y un segundo enfoque. Versión ampliada de «Las dos culturas y la revolución científica»*. Alianza, Madrid, 1977, pp. 63-116.
- SIURANA, J. C. (2009). *La sociedad ética*. Proteus, Barcelona, 2009.
- RedOTRI Universidades-CRUE. Madrid, 2011.
- VIVES, J.L.: *Tratado del socorro de los pobres*. Pre-textos, Valencia, 2006.

Recibido el 8 de mayo de 2017
Aprobado el 12 de mayo de 2017

Adela Cortina Orts
Universidad de Valencia
Adela.Cortina@uv.es